

Psicología II

# Obras completas

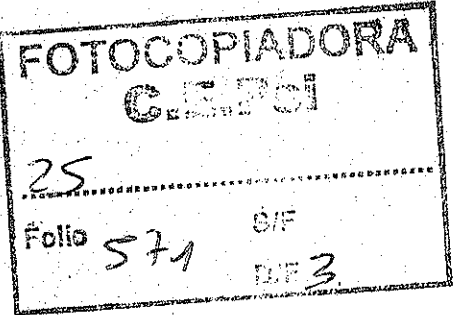
## Sigmund Freud

Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey con la colaboración de Anna Freud, asistidos por Alix Strachey y Allan Tyson  
Traducción directa del alemán de José L. Echeverry

Volumen II (1910)

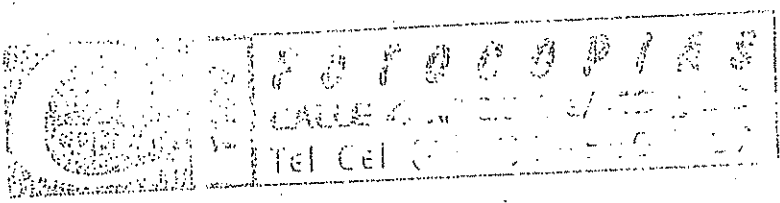
### La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis (1910)

Amorrortu editores



Materia	Teoría	Resumen
Nº folio	72	Precio
0 55		
Detalles REPRODUCCIÓN CON LICENCIA DE © ADRA GESTIÓN COLECTIVA DE DERECHOS DE AUTOR.		

NEW...  
COPYATE TOD...  
49 N° 434 e/3...



1  
NUEVA DIRECCION  
COPYATE TODO  
40 N° 434 e/3 y 4

### Nota introductoria

«Die psychogene Sebstörung in psychoanalytischer Auffassung»

Editorial en alemán

- 1910 *Ärztliche Fortbildung*, segunda de *Ärztliche Standardzeitung*, 9, nº 9, 1º de mayo, págs. 42-4.
- 1913 *SKSN*, 3, págs. 314-21. (1921, 2ª ed.)
- 1924 *GS*, 5, págs. 310-9.
- 1943 *CW*, 8, págs. 94-102.
- 1972 *SA*, 6, págs. 205-13.

### Traducciones en castellano

- 1929 «Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión». *SN* (17 vols.), 13, págs. 188-96. Traducción de Luis López-Salazar.
- 1943 Igual título. *E4*, 13, págs. 195-203. El mismo traductor.
- 1948 Igual título. *BN* (2 vols.), 1, págs. 993-7. El mismo traductor.
- 1953 Igual título. *SR*, 15, págs. 151-7. El mismo traductor.
- 1967 Igual título. *BN* (3 vols.), 1, págs. 982-5. El mismo traductor.
- 1972 Igual título. *BN* (9 vols.), 3, págs. 1631-5. El mismo traductor.

Fue esta una colaboración para la segunda de *Ärztliche Standardzeitung* publicada en homenaje a Leopold Königstein, el conocido oftalmólogo vienés, uno de los más antiguos amigos de Freud. En una carta a Ferenczi del 12 de abril de 1910, Freud le decía que era una mera *pièce d'occasion* sin valor alguno (Jones, 1955, pág. 274). No obstante, \* (Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano» *supra*, págs. xiii y a. 5.)

por lo menos uno de sus párrafos revise particular interés en el apéndice Freud por primera vez la expresión «pulsiones yojivas», asimilándolas expresamente a las pulsiones de autoconservación y adjudicándoles un papel fundamental en la operación de la represión. (Sobre la evolución de las concepciones de Freud acerca de las pulsiones, véase mi «Nota introductoria» a «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915c), AE, 14, págs. 107-12.) Merece destacarse, asimismo, que en los párrafos finales del presente artículo (págs. 215-6) Freud manifiesta con especial nitidez su creencia en que los fenómenos psíquicos se basan, en última instancia, en fenómenos orgánicos.

James Strachey

Estimados colegas: Desearía mostrarles, tomando como ejemplo la perturbación psicógena de la visión, los cambios que bajo el influjo del método psicoanalítico de indagación ha experimentado nuestro modo de concebir la génesis de tales afecciones. Ustedes saben que la ceguera histérica es presentada como el caso típico de perturbación psicógena de la visión. Y tras las indagaciones de la escuela francesa —Charcot, Janet, Binet— se creó como su génesis. En efecto, es posible producir experimentalmente una ceguera de esa índole siempre que se dirija de una persona proclive al somnambulismo. Si se la pone en estado de hipnosis profunda y se le sugiere la representación de que no ve nada con un ojo, se comporta de hecho como alguien que estuviera ciego de ese ojo, como una histérica que hubiera desarrollado espontáneamente esa perturbación. Entonces es lícito construir el mecanismo de la perturbación histérica y exponerlos de la visión de acuerdo con el modelo del fenómeno hipnótico sugerido. En la histérica, la representación de estar ciega no nace insulada por el hipnotizador, sino de manera espontánea, por «autosugestión» como suele decirse; pero en ambos casos esa representación es tan intensa que se traspone en efectiva realidad, tal y como sucede con una alucinación, una parálisis y otros fenómenos sugeridos.

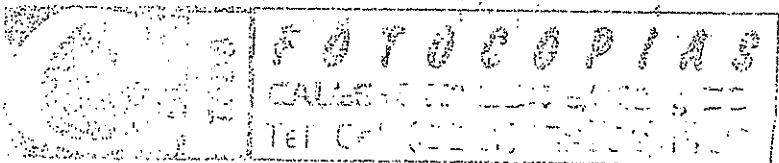
Esto suena por entero confiable y no podrá menos que dejar satisfechos a quienes puedan omitir los múltiples enigmas que se esconden tras los conceptos de hipnosis, sugestión y autosugestión. Esta última, en particular, da nueva a ulteriores preguntas. ¿Cuándo y en qué condiciones puede una representación volverse tan intensa que pueda comportarse como autosugestión y trasponerse sin más en efectiva realidad? Es que indagaciones más exhaustivas han enseñado que no es posible responder esta pregunta sin recurrir al concepto de lo «inconsciente». Muchos filósofos se niegan a aceptar esto inconscientemente porque no se han ocupado de los fenómenos que obligaron a postularlo. Pero a los psicólogos de las últimas décadas inevitablemente trabajar con procesos anímicos, representaciones, etc., inconscientes.

Experimentos adecuados han demostrado que los ciegos histéricos ven, empero, en cierto sentido, aunque no en el sentido pleno. En efecto, las excitaciones del ojo ciego pueden tener ciertas consecuencias psíquicas, por ejemplo provocar afectos, si bien nunca devienen conscientes. Entonces, los ciegos histéricos lo son sólo para la conciencia; en lo inconsciente son videntes. Experiencias de esta índole, justamente, fueron las que nos forzaron a separar entre procesos anímicos conscientes e inconscientes. ¿Cómo llegan a desarrollarse la «autosugestión» inconsciente de estar ciegos, mientras que en lo inconsciente siguen viendo?

A esta última pregunta, la investigación de los franceses responde explicando que en los enfermos predispuestos a la histeria está presente desde el comienzo una «actinogénesis» a disociar — a disolver los nexos en el acontecer anímico — a consecuencia de la cual muchos procesos inconscientes se confunden hasta lo consciente. No entramos a considerar para nada el valor eventual de ese intento de explicación para entender los fenómenos considerados, y situámonos en otro punto de vista. Ya advierten ustedes, señores, que se ha vuelto a abandonar la identidad destacada inicialmente entre la ceguera histérica y la provocada por sugestión. Los histéricos no están ciegos a consecuencia de la representación autosugestiva de que no ven, sino por la disociación entre procesos inconscientes y conscientes en el acto de ver; su regresación de no ver es la expresión justificada del estado psíquico de cosas, y no su causa.

Señores: Si ustedes reprocharan oscuridad a mi anterior exposición, no me resultaría fácil defenderla. He intentado ofrecerles una síntesis de las opiniones de diversos investigadores y es probable que por eso haya presentado los nexos demasiado esquemáticamente. Quise condensar en una composición unitaria los conceptos bajo los cuales se ha subdividido la comprensión de las perturbaciones psicógenas, y no podía tener más éxito en ello que los propios autores franceses, con Pierre Janet a la cabeza. Esos conceptos son: la génesis a partir de ideas hiperpotentes, la diferenciación entre procesos anímicos conscientes e inconscientes y la hipótesis de la disociación anímica. Disciplinadamente entonces, además de la oscuridad, la infidelidad de mi exposición, y particularmente ésta: cómo el psicoanálisis nos ha llevado a una concepción más sólida, y probablemente más realista, de las perturbaciones psicógenas de la visión.

También el psicoanálisis acepta los supuestos de la disociación y de lo inconsciente, pero los sitúa en una diversa relación recíproca. El psicoanálisis es una concepción diná-



mica que reconduce la vida anímica a un juego de fuerzas que se promueven y se inhiben las unas a las otras. Cuando en un caso cierto grupo de representaciones permanece en lo inconsciente, no infiere de ahí una incapacidad consubstancial para la síntesis, que se anunciaría justamente en esa disociación, sino aserción que una revuelta activa de otros grupos de representaciones ha causado el aislamiento y la condición de inconsciente de aquel grupo. Llamo «represión» (estrictamente de desalojo) al proceso que depura ese destino a uno de los grupos, y discierne en él algo análogo a lo que en el ámbito lógico es la desestimación por el juicio. Demuestra que tales represiones desempeñan un papel de extraordinaria importancia dentro de nuestra vida anímica, que a menudo el individuo fracasa en ellas y que el fracaso de la represión es la condición previa de la formación de síncopa.

Por tanto, si, como hemos dicho, la perturbación psicógena de la visión consiste en que ciertas representaciones anuladas a esta última permanecen divorciadas de la conciencia, el abordaje psicoanalítico supondrá que esas representaciones han entrado en una oposición con otras, más intensas — para las cuales empleamos el concepto colectivo de «yo», compuesto de manera diversa en cada caso —, y por eso cayeron en la represión. Ahora bien, ¿a qué se debería esa oposición, promotora de la represión, entre el yo y grupos singulares de representaciones? Como bien oírán ustedes, esta pregunta no era posible antes del psicoanálisis, pues nada se sabía acerca del conflicto psíquico y de la represión. Nuestras indagaciones nos han habilitado para proporcionar la respuesta pedida. Nos vimos llevados a advertir la significatividad de las pulsiones para la vida representativa; averiguamos que cada pulsión busca imponerse animando las representaciones adecuadas a su meta. Estas pulsiones no siempre son conciliables entre sí; a menudo entran en un conflicto de intereses; y las oposiciones entre las representaciones no son sino la expresión de las luchas entre las pulsiones singulares. De particularísimo valor para nuestro ensayo explicativo es la inequívoca oposición entre las pulsiones que sirven a la sexualidad, la ganancia de placer sexual, y aquellas otras que tienen por meta la autoconservación del individuo, las pulsiones yólicas.<sup>1</sup> Siguiendo las pa-

<sup>1</sup> Partecaría ser esta la primera ocasión en que Freud empleó la frase (cf. mi «Nota introductoria», *supra*, pag. 208), y tal vez sea el lugar apropiado para citar una carta de Freud (1921c) en la que insistió en el distingo entre las dos clases de pulsiones. La traducción al francés de: *sur les conflits entre pulsions* (1910a), por

...esar un complicado proceso de desarrollo antes de poder subordinarse, de manera acorde al fin, a las metas de la reproducción.<sup>3</sup> La iluminación psicológica de nuestro desarrollo cultural nos ha enseñado que la cultura nace esencialmente a expensas de las pulsiones sexuales parciales, y estas tienen que ser sofocadas, limitadas, replasmadas, guiadas hacia metas superiores, a fin de producir las construcciones animicas culturales. Como resultado valioso de estas indagaciones pudimos discernir algo que nuestros colegas todavía no quieren creer, a saber, que las afecciones de los seres humanos designadas «neurosis» han de reconducirse a los múltiples modos de fracaso de estos procesos de replasmación emprendidos en las pulsiones sexuales parciales. El «yo» se siente amenazado por las exigencias de las pulsiones sexuales y se defiende de ellas mediante unas represiones que, empero, no siempre alcanzan el éxito deseado, sino que tienen por consecuencia amenazadoras formaciones sustitutivas de lo reprimido y pesosas formaciones reactivas del yo. Lo que llamamos «síntomas de las neurosis» se componen de estas dos clases de fenómenos.

Al parecer, nos hemos alejado mucho de nuestra tarea, pero en verdad hemos tocado el enlace de los estados patológicos neuroticos con el conjunto de nuestra vida espiritual. Regresemos ahora a nuestro problema más circunscrito. En general, son los mismos órganos y sistemas de órganos los que están al servicio tanto de las pulsiones sexuales como de las yojitas. El placer sexual no se añade necesariamente a la función de los genitales; la boca sirve para besar tanto como para la función de comer y de la comunicación lingüística, y los ojos no sólo perciben las alteraciones del mundo exterior importantes para la conservación de la vida, sino también las propiedades de los objetos por medio de las cuales estos son elevados a la condición de objetos de la elección amorosa: sus «encantos». \* Pues bien; en este punto se confirma que a nadie le resulta fácil servir a dos amos al mismo tiempo. Mientras más íntimo sea el vínculo en que un órgano dotado de esa doble función entre con una de las grandes pulsiones, tanto más se rehusará a la otra. Este principio tiene que producir consecuencias patológicas cuando las dos funciones básicas estén en discordia, cuando desde el yo se mantenga una represión (esfuerzo de desalojo) contra la pulsión sexual parcial respectiva.<sup>4</sup> La

3 [Cf. *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d).]

\* («Keter», que significa tanto «encantos» como «estimulos».)

4 [Cf. *ibid.*, AE, I, págs. 191.]

5 [Esto ya había sido sostenido en *ibid.*, AE, I, págs. 186-7.]

labras del poeta,<sup>3</sup> podemos clasificar como «hambre» o como «amor» a todas las pulsiones orgánicas de acción eficaz dentro de nuestra alma. Hemos perseguido la «pulsión sexual» desde sus primeras exteriorizaciones en el niño hasta que alcanza la conformación final que se designa «normal», y la hallamos compuesta por numerosas «pulsiones parciales» que adhieren a las excitaciones de regiones del cuerpo; inreligiosos que estas pulsiones singulares tienen que atra-

Vives Le Lay, aparición en la *Revue de Génère* en diciembre de 1920 y enero y febrero de 1921; estaba precedida por una larga introducción de Edouard Claparède, profesor en la Universidad de Ginebra, en la que traza un panorama general de la teoría psicoanalítica. Dicha introducción incluía un párrafo que Freud juzgó incorrecto, y le escribió a Claparède para expresarle su protesta. Cuando la traducción francesa de la obra se publicó en forma de libro, en 1921, Claparède añadió un apéndice en el que citaba, en traducción al francés, «un fragmento de esta carta». No lleva fecha, aunque es de presumir que fue escrito a comienzos de ese año. Reza así:

«... Sobre este punto —si me permite una crítica— usted me hace injusticia y da a sus lectores una información incorrecta. Me refiero al siguiente pasaje: "g. La libido. L'instinct sexuel est le mobile fondamental de toutes les manifestations de l'activité psychique" ("8. La libido. El instinto sexual es el móvil fundamental de todas las manifestaciones de la actividad psíquica"). Y agrega usted poco después que ni yo ni mis discípulos hemos sido claros sobre esto: "Mais il faut savoir lire entre les lignes", afirma, "et saisir l'esprit, et non la lettre de la théorie" ("Pero hay que saber leer entre líneas y captar el espíritu y no la letra de la teoría"). Me sorprende que esta habitual interpretación haya logrado deslustrarse también bajo su pluma. Por el contrario yo he declarado y repetido con máxima claridad, en relación con las neurosis de transferencia, que establezco un distingo entre las pulsiones sexuales y las pulsiones yojitas, y que, por lo que a mí respecta, la "libido" sólo designa la energía de las primeras de las pulsiones sexuales. Es Jung, y no yo, quien hace equivalente la libido a la fuerza pulsional de todas las operaciones yojitas, y quien comete la naturalización de la libido. La descripción que usted hace no se afianza a mi concepción ni a la de Jung, sino que es una mezcla de ambas: de generalizada. Así se crea en la imaginación de los críticos un panteón que no existe ni en mis concepciones ni en las de Jung. En lo que a mí añade, advierto cabalmente la presencia del grupo de las pulsiones yojitas, así como todo lo que a ellas debe la vida animica. Pero esto es ocultado al público general, que lo ignora. La gente suele actuar de igual manera al distribuir mi teoría de los sueños. Jamás he afirmado que todo sueño exprese el cumplimiento de un deseo sexual, y con frecuencia he dicho lo contrario. No obstante, no he logrado ningún resultado con ello, y se continúa replicando lo mismo.

Con mi cordial agradecimiento y mis más sinceros saludos,  
Suyo, Freud.

Por ulteriores comentarios de Claparède acerca de esta carta parece que en su caso, al menos, no logró Freud en verdad ningún resultado.)

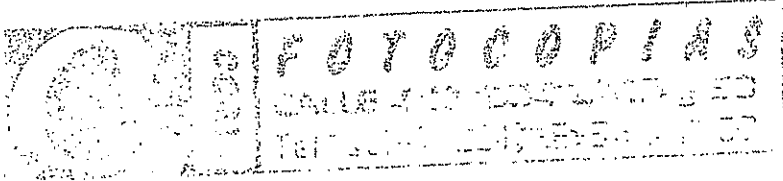
\* («Hambre y amor mueven al mundo»; Schiller, «Die Weltweiser».)

3 [Traducción de la versión inglesa de la *Standard Edition*.]

aplicación de esto al oído y a la vista se oblige fácilmente. Si la pulsión sexual parcial que se sirve del «ver» —el placer sexual de ver— se ha atenido, a causa de sus hipertroficadas exigencias, la contradefensa de las pulsiones yóicas, de suerte que las representaciones en que se expresa su querer-alcanzar cayeron bajo la represión y son apartadas del devenir consciente, queda perturbado el vínculo del oído y del ver con el yo y con la conciencia en general. El yo ha perdido su imperio sobre el órgano, que ahora se pone por entero a disposición de la pulsión sexual reprimida. Uno tiene la impresión de que la represión emprendida por el yo ha llegado muy lejos, como si hubiera arrojado al niño junto con el agua de la bañera, \* pues ahora el yo no quiere ver absolutamente nada más, luego de que los intereses sexuales en el ver han esforzado hasta tan adelante. Empero, sin duda, es más acertada la otra exposición, que sitúa la actividad en el lado del placer de ver reprimido. Constituye la venganza, el resarcimiento de la pulsión reprimida, el hecho de que ella, coartada de un ulterior despliegue psíquico, pueda acrecentar su imperio sobre el órgano que la sirve. La pérdida del imperio consciente sobre el órgano es la penitenciosa formación sustitutiva de la represión fracasada que sólo se possibilitó a este precio.

Este vínculo del órgano de doble requerimiento con el yo conciente y con la sexualidad reprimida se advierte en los órganos motores con mayor evidencia que en el caso del oído. Así, cuando sufre parálisis histerica la mano que quiso ejecutar una agresión sexual, tras cuya inhibición ya no puede hacer ninguna otra cosa, por así decir como si se obstinara en ejecutar esa inercación reprimida, o cuando los dedos de personas a quienes se les ha prohibido la masturbación se rehúsan a aprender el delicado juego de movimientos que requiere el piano o el violín. En cuanto al oído, solemos traducir del siguiente modo los oscuros procesos psíquicos sobrevencidos a raíz de la represión del placer sexual de ver y de la génesis de la perturbación psicógena de la visión: Es como si en el individuo se elevara una voz castigadora que dijese: «Puesto que quieres abusar de tu órgano de la vista para un maligno placer sensual, te está bien empleado que no veas nada más» adoptando, así el desahucio del proceso. Ahí está implícita la idea del talión, y en verdad explicamos la perturbación psicógena de la visión de un modo coincidente con la saga, el mito, la leyenda. En la hermosa saga

\* («To throw out the baby with the bath-water» es un modismo inglés equivalente a «pecar por exceso de celo».)



de Lady Godiva, todos los moradores del pueblo desaparecen tras sus ventanas cerradas para facilitar a la dama su tarea de cabalgar por las calles a pleno día. El único que a través de los visillos espía sus gracias reveladas es castigado con la ceguera. Y no es este el único ejemplo en su vislumbremos que la doctrina de los neurosis esconde en su interior también la clave de la mitología.

Señores: Injustamente se reprocha al psicoanálisis conducir a unas teorías sólo psicológicas de los procesos patológicos. Ya su insistencia en el papel exclusivamente psíquico, dada, que por cierto no es un factor exclusivamente psíquico, debería —podería a salvo de ese reproche. El psicoanálisis nunca oculta que lo anímico descansa en lo orgánico, aunque su trabajo sólo puede perseguirlo hasta esa base suya y no más allá. Por eso el psicoanálisis está dispuesto también a admitir, y aun a postular, que no todas las perturbaciones funcionales de la visión pueden ser psicógenas como las otras vocadas por la represión del placer erótico de ver. Si un órgano que sirve a las dos clases de pulsiones incrementa su papel erótico, sin duda cabe esperar, en términos generales, que ello no ocurra sin alteraciones de la excitabilidad y de la inercación, que se anunciarán como unas perturbaciones de la función cuando el órgano para el servicio del yo. Y por cierto, si vemos a un órgano que de ordinario sirve a la percepción sensorial comportarse directamente como un genital a raíz de la elevación de su papel erótico, en él consideraremos improbables aun alteraciones funcionales. Para esas dos clases de perturbaciones funcionales a consecuencia del aumento del valor erótico —la de origen fisiológico y la de origen tóxico—, nos veremos obligados a seguir usando, a falta de un nombre mejor, el antiguo e inseguro uso de perturbaciones «neuróticas». Las perturbaciones apropiadas de perturbaciones «neuróticas». Las perturbaciones neuróticas como en general las neurosis actuales son a las psico-neurosis, es que perturbaciones psicógenas de la visión, difícilmente dejan de ir acompañadas por perturbaciones neuróticas, en tanto que estas últimas pueden presentarse sin aquellas. Por desdicha, estos síntomas «neuróticos» son hoy muy poco apreciados y comprendidos, pues el psicoanálisis no viene a decirlos directamente a ellos y las otras modalidades de indagación han dejado de lado el punto de vista de la sexualidad.<sup>4</sup>

Desde el psicoanálisis se bifurca todavía otra línea de ag-

<sup>4</sup> Véanse las puntualizaciones acerca de las neurosis actuales sobre el psicoanálisis «silvencio» (1910K), *infra*, pág. 224.]

gumentación que llega hasta la investigación orgánica. Es posible plantearse esta pregunta: si la sofocación de pulsiones sexuales parciales, producida por obra de los influjos vitales, basta por sí sola para provocar las perturbaciones funcionales de los órganos, o bien deben preexistir constituciones constitucionales, las únicas que moverían a los órganos a exagerar su papel crógeno y de ese modo provocarían la represión de las pulsiones. Y en esas constataciones vemos la parte constitucional de la predisposición a contraer perturbaciones psicógenas y neuróticas. Se trata de aquel factor que con relación a la histeria he designado provisionalmente como «solicitación somática» de los órganos.

7 [Véase el historial clínico de «Dora» (1905e), AE, 7, págs. 37-8 y 47-8. — En la edición de 1910, el artículo concluye con esta oración: «Los conocidos escritos de Alfred Adler procuran definir ese factor en términos biológicos.»]